



Patrulla del Kanguro de Cádiz

CONFERENCIA

dada el 30 de diciembre de 1928 en el Real Cinema
de Madrid

por

D. ROMÁN SÁNCHEZ ARIAS

Comisario General de la Institución

LOS EXPLORADORES DE ESPAÑA

CONSEJO NACIONAL - COMISARÍA GENERAL

CONFERENCIA

dada el 30 de Diciembre de 1928, en el Real Cinema

de Madrid

por

D. ROMÁN SÁNCHEZ ARIAS

Comisario general de la Institución

JOAQUÍN J. REY

San Francisco, 3
CADIZ



MADRID
TIPOLITOGRAFÍA GAISSÉ
CALLE DE PRECIADOS, 17
1929

1078

Sec. Consultas
mo



JOAQUÍN J. REY

San Francisco, 3
C A D I Z

EL ESCULTISMO
EN SU AMPLIO ASPECTO
EDUCATIVO

< Es necesario que tú sepas ¡oh, muy noble Criton!
que mal hablar no es solamente el cometer una falta en
lo que se dice, sino más bien el causar el mal a las
almas.>

La filosofía socrática perdurará con los tiempos; en el
transcurso de los siglos corridos desde la existencia del
gran moralista griego, ningún humano le ha aventajado
en el profundo conocimiento del alma. Este pensamiento
suyo que acabo de expresar, vida real tiene hoy. Se habla
mal llenando el espíritu del hombre de errores y sofis-
mas, que, al desviarlo de las sendas rectas de la virtud y
del bien, dan ocasión a que se engendren esos estados de
perturbación y vesania, causa de tanto mal.

Educación física (X)

De las dos acepciones que el Diccionario asigna a la
palabra *comercio*, la segunda, la figurada, el «trato y co-
municación de unas personas con otras», aplicada ha sido

con acierto al mundo de las ideas; el trabajo que la inteligencia elabora es objeto de *comercio* en tanto o cuanto sirve de comunicación de ideas con ideas, de inteligencias con inteligencias; y de ahí parte el impulso, cada día más preponderante y de franca evolución, hacia el progresivo desarrollo de la universal cultura, que no puede tener otro sólido cimiento que no sea el de la inteligencia puesta al servicio del humano bienestar.

Pero aquellos otros que sólo se ocupan de otear en el cercado intelectual ajeno, para coger a placer el maduro fruto del bien cuidado campo, esos se acogen a la otra acepción y *comercian* con las ideas, «negociando, comprando, vendiendo o permutando géneros», sin más finalidad que la de obtener un momentáneo beneficio.

Esto dió lugar a la aparición en el *mercado* de una cantidad enorme de escritos, tratantes todos de la educación física que debe ser administrada al hombre, a la mujer y al niño. ¡Tanta solicitud por el bien ajeno llena el alma de espasmos de gratitud! Solamente hay que lamentar el desvío, cada vez mayor, que las gentes van sintiendo por tal literatura, quizá por un sentimiento de profunda intuición hacia su inutilidad, cuando no haya sido la causa la repulsión habida en el campo experimental entre lo ideal y lo real.

Los que parten de la idea fundamental de que *el hombre se ha hecho para la gimnasia* propugnan que éste, desde que aparece en el mundo de los seres vivos, necesita irremisiblemente del ejercicio físico, si es que ha de ser fuerte. La idea de la fortaleza muscular es su obsesión. Y así nos hablan de métodos y procedimientos a seguir, que, al enterarnos de ellos, dejan en nuestro ánimo un profundo sentimiento de tristeza, cuando no de ira, ya que nos hacen claramente comprender cuán otro hombre podríamos haber sido si, oportunamente, conocedores de la hermosa panacea que nos prescriben, hu-

biéramos seguido *pedem literæ* las sabias indicaciones que nos dictan.

El hombre, si ha de ser hombre, tiene, necesariamente, que hacer *gimnasia*; pero ha de ser la gimnasia por ellos determinada; otra, no. Y esa gimnasia es la que lleva al practicante a la posesión de la fuerza por el desarrollo muscular, fin último para ellos de la educación física.

Mientras los hombres de ciencia vienen consumiendo caudal enorme de energías en el estudio de los problemas vitales, merced a lo cual la Biología ha llegado a alcanzar el prepotente desarrollo que hoy goza, descubriéndonos y aclarándonos las leyes universales inherentes a la herencia y su papel trascendental en el desarrollo del individuo y de la especie, los mercaderes educativos, amparados en quimeras y en utopias, siguen pregonando como el único elixir para la felicidad del hombre terminantes ideas, respecto a la educación física, a su modo y manera entendida.

No se suponga, con lo dicho, que ahora nos hemos vuelto nosotros los acérrimos enemigos de todo sistema de cultura física. Seguimos con nuestras mismas creencias, modificadas tan sólo en el sentido progresivo a que nos ha obligado el constante estudio de aquellos hombres de saber, que, siempre de modo científico, vienen dedicándose a trabajos relacionados con estas cuestiones.

Conformes en absoluto con sus doctrinas, nosotros proclamamos que el hombre *puede* vivir sin necesidad de la gimnasia y que ésta se ha hecho para ser utilizada por el hombre. Y, al decir gimnasia, téngase entendido que nos referimos a los procedimientos prescritos por los tratadistas de educación física, regulados por una serie de movimientos impuestos al cuerpo y a sus segmentos, que necesariamente han de ser ejecutados dentro de un método a seguir.

Mucho más sencillos nosotros, y reconociendo de pa-

sada el inmenso valor que tiene la gimnasia, únicamente desde el punto de vista médico, es decir, la gimnasia médica y ortopédica, la repudiamos en cuanto se trata de aplicar en absoluto a individuos de normal constitución, y la aborrecemos si es al niño a quien se quiere someter a sus rígidas reglas.

El ejercicio físico

Creo, y afirmo sin la menor vacilación, que el ejercicio físico es un medio imperioso impuesto al organismo para que se puedan realizar en él a la perfección las leyes naturales de su desarrollo y crecimiento. La actividad física es función inherente a la vida, y el hombre inactivo no es otra cosa que un desecho social, un detritus, un vencido en la batalla, que a lo más que puede aspirar es a que se le tenga conmiseración y lástima.

El organismo, para su crecimiento y desarrollo, está sujeto a inflexibles leyes físicas y químicas imposibles de desatender. La nutrición gaseosa, los cambios que se efectúan por combinaciones de índole química, el calor, la oxigenación de la sangre y su poder hemoglobínico; la regulación de su torrente producida por un perfecto funcionamiento del músculo cardíaco, que le hace llegar hasta la más recóndita célula que ha de nutrir, recogiendo luego los productos de desechos que filtran los órganos apropiados para expelerlos convenientemente, y tantos otros fenómenos, necesitan ser activados, favorecidos, estimulados, y ningún otro procedimiento más eficaz que el ejercicio que produce calor, energía, fuerza.

Concretándonos por el momento a lo que al niño afecta, que es lo que nos interesa, y, desde luego, proclamando, de ahora para en adelante, que nos referimos al niño de normal constitución, afirmaremos que necesita imprescindiblemente del ejercicio físico para los fines de

su desarrollo y crecimiento. Pero el ejercicio físico tiene que ser, ante todo y sobre todo, higiénico, y el ejercicio no puede ser higiénico si no tiene como única finalidad conseguir la salud.

¡La salud! ¡Esta es la clave del enigma!

La total divergencia nuestra con ciertos métodos físico-coeducativos en esto estriba: en que nosotros perseguimos con el ejercicio físico la idea de salud, mientras ellos atienden a la fuerza. Y, aunque digan con palabras lo contrario, con los hechos lo demuestran, ya que es al músculo, a su desarrollo, a su hipertrofia, a lo que atienden con sumo esmero, mientras nosotros, si nos servimos de él, tan sólo lo hacemos como medio para llevar al órgano su máxima potencialidad de funcionamiento, sin rebasar, desde luego, las primordiales leyes fisiológicas, es decir, sin hipertrofiarlo, cansarlo y arruinarlo. (v)

El juego

(x)

Por eso nosotros propugnamos como método insustituible para la educación física del niño el juego, que es el ejercicio natural por excelencia. El niño, al jugar, pone en acción todas sus presentes actividades, desde la más rudimentaria, la cerebral, hasta la más poderosa, la muscular. Para ello es condición precisa su libertad; su emotividad que lleva consigo una cuestión de inmensa trascendencia fisiológica: la producción del placer.

El juego, fisiológicamente considerado, es un reactivo sabiamente ordenado por la Naturaleza, que obra, según exacta expresión de Tissié, como agente provocador del trabajo de las localizaciones psicomotrices, medulares y cefálicas, así como de las grandes funciones vitales: respiración, circulación, digestión, enervación, musculación y secreción. Y agrega sabiamente: «Todo agente provocador debe ser considerado sospechoso; conviene observarlo e

impedirle dañar, obligándole a suprimir los defectos de sus cualidades y a convertirse en un agente educador».

Para el ilustre doctor todos los juegos físicos son juegos de movimientos, y, a tal título, son a la vez educadores de sentimientos, entrenadores de la inteligencia, excitantes de la emotividad, factores de la voluntad y evocadores del estetismo. Nosotros suscribimos en absoluto este criterio, y es por ello por lo que consideramos el juego como el más poderoso factor, en materia de educación, en la dichosa edad de la infantilidad. Ningún movimiento de los contenidos en los métodos gimnásticos artificiales deja de estar comprendido en este método, natural por excelencia; y, aunque algunos achacan al juego el inconveniente de la incorrección en los movimientos, podemos decir en su contra, primero, que no hay por qué preocuparse con esa absoluta rigurosidad que ellos pretenden de esa matemática corrección, que no ha de ser, por otra parte, tan necesaria cuando no está impuesta por la ley natural, y segundo, que, caso de presentarse esas alarmantes incorrecciones, ya está el Director atento para poderlas enmendar; que momentos antes decíamos, con Tissié, que la labor educadora consiste en observar al agente provocador, para impedirle el que pueda dañar, y en suprimir los defectos de sus cualidades. Pero por grandes y graves que fueran esos inconvenientes que se pretendan achacar al juego, lleva en sí una ventaja, de tal importancia, que por sí sola basta para anular a aquéllos: es el placer que le acompaña, la alegría que produce. El placer ha de ser inseparable del ejercicio, ya que es el revelador de sensaciones psíquicas estimuladoras de la célula nerviosa.

Aquellos que sostienen la teoría de que la gimnasia ha de tener la misma fuerza obligatoria que tiene la instrucción, sin que les preocupe que el niño tenga o no placer en ello; los que apoyan la teoría con el argumento de

que, así como el recluta aprende el ejercicio, el niño debe aprender la gimnasia, andan muy equivocados. El ejercicio físico, sea cual fuere el que se realice, no producirá efecto alguno saludable en el niño si la sensación de placer, de gusto, no le acompaña.

El placer

La alegría, el placer, y esto es cosa que todos podemos comprobar, tanto en nosotros mismos cuanto en nuestros semejantes, producen esos estados de contento, de satisfacción, de felicidad, de bienestar, de animación en todo nuestro ser, de actividad funcional orgánica, de energía vital, que han sido comprendidos dentro de la palabra euforia.

¿A qué es debida la causa? A la reacción que produce sobre los centros nerviosos; esto es, a producir en la célula nerviosa una excitación capaz de poner en libertad su energía, repartiéndola sobre todos los órganos para activar su funcionamiento. Si esto, en general, es cierto y probado, aun en los momentos en que la inteligencia puede obrar como frenatriz y como inhibidora de sensaciones, hay que pensar cuán grande será su importancia en aquellos momentos de la vida en que esa facultad anímica hállese en estado rudimentario, sin maridaje alguno con la razón especulativa e incapaz, por tanto, de servir de valladar a ciertos estímulos provenientes del mundo exterior. Excitada entonces la célula nerviosa provoca las reacciones a que aludíamos, poniendo en libertad la suma de energías latentes en ella contenida.

Cada órgano necesita, para ponerse en función, ser solicitado por un agente especial como excitante natural; el cerebro, en cambio, tiene múltiples excitantes que lo solicitan. Las sensaciones físicas, tanto como las impresiones morales, activan poderosamente su función. Pero

como el cerebro no funciona constantemente con toda la energía de que es capaz, sino sólo en proporción a la excitación que recibe, esa fuerza inherente a la célula cerebral, y que hemos llamado *influjo nervioso*, puede ser economizada y reservada —según el doctor Lagrange— «como el agua de un baño cuya salida no puede ser continua, sino reglada por el rendimiento de los grifos, ya abiertos o ya cerrados.» Por ello precisa el intervenir, para bien reglarlos, sobre los excitantes naturales. Y añade Lagrange: «Para que las funciones orgánicas se realicen con actividad suficiente es necesario que cada órgano reciba una cierta cantidad de influjo nervioso. Y por ello las emociones alegres, siendo los excitantes de la energía cerebral, son causa de que el influjo nervioso, desprendido de las células donde se hallaba en reserva, se vierta, como el agua de un baño en el que se abrieron los grifos, para venir, por decirlo así, a inundar todos los órganos del cuerpo y comunicarles su bienhechora energía.» El placer es un tónico. El ejercicio físico tiene que recrear. *Re-crear*.

Comprendiéndolo así la moderna Pedagogía, apartándose totalmente de los clásicos métodos educativos, funda sus teorías a base de los juegos. La aparición de los Jardines de la Infancia fué una revelación en materia educativa. El método Montessori, puesto en práctica en su encantadora Casa dei Bambini, de maravillosos resultados, responde en absoluto a esta nueva orientación. Y, hasta en la educación de los anormales, raíz potente tiene el juego. Cogidas de la mano la Biología y la Psicología, con paso firme y seguro marchan hacia el encuentro de un dichoso ideal, el bien humano, que ha de tener su base en la buena orientación que al niño se le dé en aquellos sus primeros años de vida, producida por una lógica y consciente educación que le lleve hasta su *inconsciente*, una formación de hábitos nobles y elevados, reveladores

del hombre bueno, presto al cumplimiento de sus deberes, útil a la sociedad, dominador de sus fuerzas y energías y pronto a acudir al servicio del prójimo que de él haya menester.

El escultismo (X)

- Una escuela de un alto valor real educativo existe, a la que nosotros no le damos la importancia debida. Y, sin embargo, lleva en sí una fuerza tal, un poder tan inmenso dentro de la Pedagogía, en su aspecto de educación, que supera en bondad y en prácticos resultados a cuantos sistemas hasta el presente han aparecido. Hablo del escultismo.

¿Qué es el escultismo? En la ponencia que el Consejo Nacional de los Exploradores de España aprobó en su sesión del día 2 de abril de 1927 para ser presentada a la Comisión de Educación Ciudadana, Física y Premilitar, trabajo merecedor de los más grandes elogios, cuyo autor es el por todos conceptos meritísimo Jefe de la Tropa de Exploradores de Madrid, D. Juan Antonio Dimas, se dice a este propósito lo siguiente: «No es el escultismo la escuela, ni el cuartel, ni la academia, ni el instituto, ni el gimnasio, ni el campo de deportes. El escultismo es—lo dice Baden-Powell—«un gran juego», la institución del *bontour*, que dice Pierre Bovet; una cosa especial, a nada parecida, que contiene lo mejor de todas las instituciones post-escolares y no es ninguna de ellas; algo dentro y al margen de la Pedagogía, que, con algún fundamento, ha sido calificado como *intuición genial*, en frase del mencionado y eminente exegeta de la obra poweliana, y que se adapta tan maravillosamente al alma niña, al alma adolescente, que sólo así se explica que ofrezca los mismos encantos para un muchacho anglosajón que para un japonés o un etíope, y que todos ellos, aun procedentes de

razas separadas por los abismos etnográficos, se encuentren unidos en una misma hermandad y por iguales gustos y alegrías. »

Esta es su especial modalidad: la de ser un *gran juego*; pero juego que encierra y guarda un poder educativo tal, que, al adentrarse por el campo de las sensaciones y voliciones, induce al alma del niño, sin fuerza ni violencia, tan sólo con el auxilio de la potentísima palanca del amor, a reglar sus actos bajo las estrechas normas de una rígida moralidad. Y esto, que para los grandes constituye problema tan hondo, tan difícil, para lo que necesita el auxilio de eximios pensadores, teólogos, filósofos, moralistas, pedagogos y tantos hombres eminentes en el saber, para los pequeños se resuelve con pasmosa facilidad, empleando el más sencillo de los procedimientos: el juego. Pero decía que éste había de contar con el auxiliar de la potentísima palanca del amor, y tal vez en esto estribe toda su fuerza. (X)

El amor

El amor, en su concepto psíquico, es el más poderoso estímulo que incita al alma a obrar. Amar es querer, es desear lo bueno, lo noble, lo elevado, lo justo y conveniente, y su nota específica estriba en desear todo esto, no para sí—que es egolatría—, sino para aquel a quien se ama. El más potente de los ejemplos, el más grandioso, el de mayor emoción y más sublimidad que se ha dado y se podrá dar, nos lo ofrece la religión cristiana en la persona de Dios-Hombre. Dios, el Poder sumo, la Voluntad inmensa, la Potestad incomparable, siente el amor profundo hacia las criaturas, quiere redimirlas, atraerlas hacia así, darles la suma de las felicidades, el disfrute de la gloria eterna, que está en la misma contemplación de su Divinidad, y recurre al amor como medio. Dios, sin per-

der su naturaleza divina, se hace Hombre, y sólo por el hombre y por su amor al hombre, y para marcarle el camino que en la vida ha de seguir que le conduzca a la eterna felicidad, le enseña que ha de amar a Dios sobre todas las cosas, pero que ha de amar a su prójimo como se ama a sí mismo; y, no contento con la enseñanza predicada, le muestra con el ejemplo que en el amor hay que llegar hasta el sacrificio, y sufre la afrentosa muerte en una cruz por el amor a las criaturas, sin más finalidad que su bien, su felicidad sin límites.

Amar no es otra cosa, pues, que el desear el bien al ser amado.

Página bella, sublime, sugestiva en alto grado, es aquella contenida en el libro del gran Pestalozzi, *Cómo enseña Gertrudis a sus hijos*:

«La madre tiene que cuidar, alimentar, proteger y contentar al niño, y no puede obrar de otro modo; es obligada a ello por la fuerza de un instinto enteramente sensible. Ella lo hace, satisface sus necesidades; aleja de él lo que pueda serle desagradable, viene en auxilio de su impotencia; el niño se halla cuidado, está satisfecho: el *germen del amor* se ha desarrollado en él. Ahora coloca ante su vista un objeto que no ha visto nunca; se asombra, teme, llora; la madre le estrecha fuertemente en su regazo, juguetea con él, le divierte; cesa su llanto, pero sus ojos permanecen húmedos aún mucho tiempo; aparece de nuevo el objeto; la madre vuelve a tomarle en sus brazos protectores y le sonríe otra vez; ahora no llora ya y responde a la sonrisa de la madre con una clara y serena mirada: el *germen de la confianza* se ha desenvuelto en él. La madre corre a su cuna en cada necesidad; allí está a la hora que tiene hambre, le da de beber a la hora en que tiene sed; él se calla cuando oye sus pasos; cuando la vé le tiende sus manitas; brillan sus ojos fijos en su regazo; se halla satisfecho; satisfacción y madre son para él un

solo y mismo pensamiento: *agradece*. Los gérmenes del amor, de la confianza, del agradecimiento, se agrandan pronto. El niño conoce las pisadas de la madre; sonríe a su sombra; ama a quien se parece a ella; una criatura que se parezca a su madre es para él una buena criatura. Sonríe a la imagen de su madre, sonríe a la imagen humana; a quien ama la madre ama él también; a quien abraza la madre, él también abraza; a quien la madre besa, besa él también. El germen del amor humano, el germen del amor fraternal se ha desarrollado en él. >

Estos gérmenes merecen el más atento de los cuidados en su posterior cultivo; de ellos depende casi en absoluto la formación psíquica del futuro hombre. Cultivados convenientemente, facilitada su franca expansión, la semilla se desarrollará en las máximas condiciones de bondad, nacerá el tallo en todo su esplendor para ofrecer más tarde las delicias de un buen sazonado fruto.

Atiende la universal institución del escultismo con el más solícito de los esmeros a este desarrollo de los gérmenes del amor. Jefes e instructores de las grandes masas escultistas fían el poder educativo en la fuerza de esta portentosa palanca. Aman ellos a los chicos, porque saben que el alma del niño, cuya rudimentaria evolución tan maravillosamente ha descrito Pestalozzi en esas palabras que acabo de leer, ha de ir hacia ellos también por un correspondido amor; y la misión educadora, tan difícilísima y de tan escasos rendimientos en otras esferas educativas, no sólo se simplifica de notable manera, sino que obtiene unos tan sorprendentes benéficos resultados que no pueden comprender aquellos que no conocen a fondo lo que es el escultismo. Y no hay violencias, ni rígidos castigos, ni formas bruscas de imponer voluntades, ni coacciones, ni destemplanzas. Se engaña (si la palabra puede ser empleada) al niño con el juego; se llevan al juego los procedimientos exigidos por una determinada orientación edu-

cadora; el niño, inconscientemente, se apodera de ellos, los hace como suyos, los fija en su *yo*, y, cuando ha pasado algún tiempo, se ha llegado a formar un *hábito*, ya muy difícil de desarraigar de su ser. Se ha conseguido educar.

Por eso, yo, dentro del cargo que inmerecidamente ocupo en la Institución en España como Comisario general, he mantenido con firmeza el criterio de que se han de buscar para instructores a *hombres buenos*, con preferencia a los *sabios*. Quizá tenga algo de culpa en ello el participar un poco en la duda que asaltaba a nuestro poeta-filósofo cuando escribía:

«¿Quién saben más, los buenos o los sabios?
En el día del Juicio lo veremos.»

Yo quiero que a mis pequeños exploradores les enseñen los buenos, los eduquen los buenos; que, al ser bueno el educador, bondad será lo que podrá infiltrar en el alma del educando.

Nuestra Institución no tiene por misión el instruir; no es escuela, en el concepto corriente que la palabra encierra.

Autoeducación (X)

Baden Powel claramente lo dice:

«El principio director de nuestro esfuerzo consiste en estudiar las ideas del niño para impulsarle a que por sí mismo haga su educación, mucho más que atender a los otros de su instrucción.»

La educación para Baden Powel estriba en la franca formación del *carácter*, que es —dice— *más indispensable que toda otra cosa a un niño que va a emprender su camino por la vida*.

Esta teoría de la educación no ha sido comprendida por aquellos espíritus agobiados por la pesada losa de la

pedagogía clásica. La autoeducación, para tantos, aún significa la educación en salvaje; no conciben que la *libertad puede ser disciplinada*.

La señora Montessori, con sumo acierto, dice a tal propósito: «Si la disciplina está fundada sobre la libertad, debe necesariamente ser activa. No se puede decir que un individuo es disciplinado solamente cuando se convierte artificialmente en silencioso, como un mudo, e in^{mo}-vil, como un paralítico. Este será un individuo aniquilado, pero no disciplinado. Nosotros llamamos disciplinado al individuo que es dueño de sí mismo y que puede, por consecuencia, disponer de sí allí donde tiene necesidad de seguir una regla de vida.»

A esto es a lo que Baden Powell llama la *formación del carácter*.

Tal es el concepto esencial del esculptismo: su medula. Y para que se realice la autoeducación del niño que le lleve a definir su personalidad, por la formación de su *carácter*, cuatro sencillísimas cosas propone en su programa:

1.^a *La educación del carácter individual*, que le lleve al dominio de sí mismo.

2.^a *La habilidad manual* en aquellos pequeños menesteres que puedan ayudarle a facilitar su camino por la vida.

3.^a *El servicio a su país*.

4.^a *La salud física*.

Y todo esto que parece trivial y sin importancia va desenvolviéndose gradual y paulatinamente en su obra, de tan lógica y magistral manera, que la convierten en la más sólida de cuantas sobre educación existen.

Desarrollar las facultades físicas, intelectuales y psíquicas es el fin de la educación; este desarrollo tiene a su vez, como finalidad, la formación de *hábitos*. Así, pues, será buena o mala la educación que haya conseguido el formar *hábitos* buenos o malos. Entendido así el concep-

to de educación, que al fin y al cabo viene a ser su concepto biológico, será labor encomendada al educador el saber encauzar por los medios apropiados esas facultades que se desarrollan, por las vías aquellas, que, apartándolas de degradaciones y vicios, le creen un ambiente acomodado a expandir en toda su potencialidad lo bueno, razonable, conveniente y necesario para los fines que el hombre tiene asignados en la tierra, cristalizados en la virtud y el bien.

La educación esculta

Atiende a esto Baden Powell en su obra, y en el cuadro-síntesis que de ella hace expone el plan en la forma siguiente:

Defectos imputables al hombre:

Irreligión, indisciplina, falta de patriotismo, egoísmo, corrupción, indiferencia hacia el prójimo, crueldad.

¿Causas de ellos? *La indiferencia hacia un alto ideal.*

Más defectos: Crímenes violentos, locura, despilfarro y pobreza.

Causas: *El alcoholismo.*

Otros defectos: Jactancia, pereza, relajamiento moral, juegos de azar, intemperancia, enfermedad.

Causas: *La molicie.*

Más lacras: Mala salud, anemia, mortalidad infantil, retardo mental, insuficiencia física.

Causas: *Indiferencia e ignorancia de los padres.*

El origen de las tres primeras está en la carencia de disciplina personal, y el de la última, en la falta de conocimientos en materia de higiene y salud.

Como remedios preventivos propone Baden Powell, a la falta de disciplina personal, la educación del carácter; y a la falta de conocimientos en materia de higiene, la educación de la salud. La educación escultista, por sí mis-

ma, desarrolla sistemáticamente: Primero, el *carácter* por el medio favorable, el sentimiento del honor, el del deber, la disciplina personal, la responsabilidad, el orden, las artes manuales, el conocimiento de Dios por el estudio de la naturaleza, la religión práctica, el juego franco, la ayuda al prójimo y el servicio personal para el país. Y segundo, la *salud* por los ejercicios a pleno aire (nada de reclutas), la responsabilidad en obtener un desarrollo físico normal y la salud e higiene prácticas.

Eso y sólo eso y nada más que eso es el esculatismo; esa es la labor esculta; es la que aquí y allí y más allá y en todas partes, con inquebrantable asiduidad, con el más grande de los entusiasmos, con el lema ¡siempre listos!, ¡siempre adelante!, realizan a toda hora los que militan en esta grandiosa hermandad del Escultismo Universal.

Psicología educativa

Con un sentido profundamente psicológico, al entrar en el desarrollo de su obra, el gran Baden Powell pone como primera condición necesaria e imprescindible el que se lleve al alma del niño, se fije en ella, el *espíritu caballeresco*. El esculta es y debe ser, ante todo y sobre todo, un caballero, un hombre de honor, una persona veraz al que hay que creer sólo por su palabra. Y al entrar en la gran hermandad, promete *por su honor* «hacer cuanto de él dependa por cumplir sus deberes para con Dios y el Jefe del Estado, amar a su Patria, serle útil en todo momento, respetar sus leyes y cumplir el Código del Explorador».

Aquí vemos ya tres gérmenes potentísimos a desarrollar: el del alto ideal del sentimiento cristiano y patrio; el alto ideal del sentimiento altruista, y el alto ideal del deber a cumplir.

Enunciado así el problema, su desarrollo va adquiriendo la marcha lenta y progresiva, requerida por un tan delicado asunto, para llegar con firmeza a una solución segura que ya los años vienen encargándose de comprobar.

Obedeced la ley del escultismo. ¿Sabéis vosotros cuál es la ley ésta que a nuestros chicos se les obliga obedecer por su honor? Emociona por su grandiosa sencillez. Esta es:

1.º El explorador es honrado y su palabra merece absoluta confianza.

2.º El explorador no teme al ridículo cuando trata de ejecutar obras nobles.

3.º El explorador es obediente, es disciplinado, es leal.

4.º El explorador tiene iniciativas; pero conoce la responsabilidad de sus actos.

5.º El explorador es tolerante, es cortés, es servicial.

6.º El explorador es amigo de todos y considera a los demás exploradores como hermanos suyos, sin distinción de clase social.

7.º El explorador es valiente y tiene afán por ser útil y ayudar a los débiles.

8.º El explorador hace cada día una buena acción, por modesta que sea.

9.º El explorador ama a los animales, árboles y plantas.

10.º El explorador es limpio y está siempre alegre.

11.º El explorador es económico, trabajador, tenaz y perseverante.

12.º El mayor honor del explorador es serlo, porque este título supone alteza de miras y nobleza de sentimientos.

Decidme: ¿cabe más, es posible pedir más, exigir más a una obra educadora?

Ver Ley nueva.

Y este código del explorador se cumple. Tan se cumple, que es imposible, de todo punto, el que se pueda pertenecer a la Institución sin que se realicen todos estos preceptos. Los que no los observan, no es ya el jefe quien les elimina, ellos por sí mismos se marchan por imposibilidad total de compartir los momentos de vida escultista con sus compañeros. La repulsión deviene automática.

Escultismo práctico

Tal es lo que podríamos llamar la teoría del escultismo. Viene luego su desarrollo práctico y ahí entra de lleno esa inmensa, perseverante y ruda labor, a la que no se suele dar importancia alguna, por lo silenciosa que es, llevada a cabo por jefes e instructores. Hay que enseñar prácticamente todo esto, y es el medio seguro de que hay que valerse: *el juego*, educador de sentimientos, entrenador de la inteligencia, excitante de la emotividad, factor de la voluntad y evocador del estetismo. Y a los juegos se acude, y jugando se enseña a conocer los colores de la bandera patria y saber izarla a un mastil; a conocer el alfabeto Morse y el de samáforos; a seguir una pista; a recorrer un kilómetro al paso del explorador en un tiempo fijado; a hacer un fuego a pleno aire no disponiendo más que de dos cerillas; a cocer un trozo de carne y patatas no disponiendo de otro utensilio que la escudilla corriente; a conocer los 16 puntos principales de la brújula; a realizar (donde sea posible) ejercicios de natación; a leer correctamente un mapa y a trazar sucintamente un croquis topográfico inteligible; apreciar las distancias, las superficies, las dimensiones, las cantidades, las alturas, los pesos con un error por bajo de un 25 por 100; a saber orientarse de noche o de día por la brújula o por la estrella polar; saber leer en el barómetro; reconocer por las huellas a qué animal pertenecen y a qué aire marchaba;

saber construir un abrigo en pleno campo; manejar el hacha para derribar un pequeño árbol; construir un puente con las cuerdas y los bordones, o una tienda con los capotes y bordones; hacer una cama para dormir en pleno campo; observar el orden más completo en su tienda; fabricar el pan; guardar la mayor limpieza en su persona; desarrollar el instinto de observación y el de la inducción; conocer lo más saliente del reino animal, y en los reptiles venenosos conocer los urgentes cuidados que hay que prestar a las mordeduras; amar la naturaleza por su obra; cuidar su cuerpo por la higiene de la nariz, oídos, ojos, dientes y uñas; atender a la fortaleza corporal por sanos ejercicios de fuerza y habilidad; huir de los vicios más expandidos: tabaco, alcohol, incontinencia; ir correctos en el vestir; ser generosos, desinteresados, abnegados, complacientes, amables, educados, corteses; no admitir gratificación alguna por servicio prestado; ser personas de honor, honestos, fieles, obedientes y disciplinados, humildes, valerosos y tenaces, y estar siempre de buen humor; tener puesta en todo momento su confianza en Dios; cumplir el deber ante todo; ser sobrios y económicos; aprender a comportarse en casos de pánico general; salvar al que está en trance de ahogarse; sujetar al caballo desbocado; practicar la respiración artificial; conocer los cuidados a prestar al intoxicado, al que se produjo una quemadura, al que sufre una fractura, una hemorragia, una crisis nerviosa, una descarga eléctrica, un desvanecimiento, un envenenamiento, un equimosis; saber transportar un accidentado... Todo ello por el juego se enseña. Y yo creo que es, para los menesteres ordinarios de la vida, de alguna utilidad el saber prácticamente todas estas cosas.

(A)

Ejemplos

¿Y dan resultado estas enseñanzas?—preguntarán muchos.—Los ejemplos que voy a citar contestarán elocuentemente.

Hace un par de años los vecinos de Madrid sufrimos un verano de intensísima sequía que llegó a preocupar seriamente a las autoridades por las consecuencias que para la salud podrían originarse. Hospitales y casas de beneficencia estaban faltos de agua, tan indispensable en ellos; había que atender a su aprovisionamiento, y, entre otros medios, fueron los exploradores de la tropa de Madrid quienes a toda hora, a todo momento, soportando la inclemencia de la temperatura estival de un mes de Julio, llevaron el agua a dichos lugares, sin otra mira, sin otro ideal que no fuese el cumplir fielmente con los preceptos de su código que les obliga a ser útil a sus semejantes y acudir en su ayuda.

El hermano de uno de los instructores de la tropa de Madrid, enfermo de sumo cuidado, necesita, por prescripción facultativa, de la transfusión de la sangre. Lo sabe la tropa y más de cincuenta voluntarios acuden presto a ofrecer la suya.

No habrán transcurrido aún media docena de años cuando al anochecer, a esa hora en que el tránsito por la ancha plaza de la Puerta del Sol y calles adyacentes es enormísimo, un caballo que arrastraba viejo *simón* bajaba desbocado por la calle de la Montera. Cundió el pánico y la gente huyó en todas direcciones evitando el seguro accidente. De pronto, de entre aquella multitud que huía, un muchacho salió: era un joven de diez y seis o diez y siete años; lánzase decidido al caballo, se agarra a su cuello con un brazo, le apresa con la mano del otro la nariz, apretando con toda su energía, y en tal postura es arras-

trado largo trecho, hasta que el caballo, falto de respiración, se detiene en plena plaza. Acude la gente, y al buscar al autor de la hazaña, nadie da con él; cumplido su deber, había desaparecido. A los dos o tres meses, nuestro querido presidente, D. Francisco García Molinas, nos relataba el caso y nos daba a conocer el nombre del muchacho, que por pura casualidad llegó él a saber; se trataba de un explorador de la tropa de Madrid.

Trágico fué el descarrilamiento habido pocos años ha en Pulpí; la catástrofe la aumentaba más la oscuridad de la noche en que se produjo. Los elementos de socorro con que se contaban no podían ser más escasos. No importó. Esos muchachos de la tropa de Águilas, modelo de tropas, a quienes enseña y dirige el benemérito jefe D. Severo Montalvo, acudieron voluntariosos y prestos a ofrecer sus servicios, y fueron tantos y tan grandes y tan útiles y tan excelentes los realizados, que los médicos concluyeron por no querer tener otra ayuda que no fuera la que aquellos exploradores les prestaban; muchos hubo que estuvieron tres días completos sin momento de descanso.

En Valladolid, en una escuela de niños entra un perro hidrófobo; las criaturitas se asustan y huyen; a uno de los más pequeñines se dirige el can; pero al instante surge un muchacho que, rápido, coge al niño, le levanta del suelo y con la fortaleza de ánimo que no tiene que envidiar a la de ninguno de los grandes héroes, cuyos nombres la leyenda o la historia nos legó para perpetuar sus hazañas, Bastardo, que así se llamaba, aguanta las mordeduras del perro y de esa manera puede salvar a la criatura.

Y este caso se repite y es en Albox, donde el explorador Rodríguez, en excursión por el campo con la tropa, sale al encuentro de otro perro hidrófobo que se avalanzaba sobre los chicos, y sufre sus mordeduras, pero evita el daño a los suyos.

Y para citar un último ejemplo, pues de continuar estaríamos aquí horas y horas y no acabaríamos, os brindo éste, emocionante en sumo grado. Lo recojo de la revista oficial de la Institución *Jamboree*.

«La señorita Lockie, de Brighton, en campamento en Peyraud (Ardeche) se bañaba en el Rhone. A cincuenta metros de ella, un jefe de patrulla de Saint-Etienne, señor Rauze, se bañaba también, cuando de repente se hundió. La señorita Lockie, después de haber buceado por tres veces, logra descubrirlo a tres metros de fondo y mediante esfuerzos sobrehumanos (el Sr. Rauze pesaba 65 kilos) consigue sacarle a la orilla.

Después de trágicas peripecias y de tres horas de estar haciéndole la respiración artificial, la señorita Lockie tuvo la alegría de ver a Rauze recobrar el conocimiento. Entonces la señorita Lockie se arrodilla para dar gracias a Dios por haberle permitido arrancar a la muerte la vida de un explorador.»

¡Este es el escultismo!

Desarrollo armónico del método

(A)

Por eso (yo, coincidiendo en absoluto con el criterio sustentado por el muy benemérito jefe de la tropa de Madrid, Sr. Dimas, en el párrafo de la ponencia antes citado, creo que) se apartan totalmente del fin educativo que la Institución lleva consigo, quebrantándola y restándole valor y eficacia aquéllos que tratan de convertirla o en escuela de educación física, o en campo de deportes, o en escuela, o en cuartel. Son por sí solos estos aspectos meras partes de un todo; pero la eficacia de una obra estriba exclusivamente en la más perfecta realización de su todo.

No es la escuela, porque la Institución no tiene como finalidad la instrucción en sí, que ya lo dice bien claro

no colocar lo situado entre paréntesis

Baden Powell. Es coadyuvante de la escuela, pero no invade en nada las atribuciones a ella conferidas. Nosotros si instruimos, que ello es cosa necesariamente inevitable, es tan sólo en aquellos generales conocimientos que saltan y se manifiestan del estrecho contacto que guardamos con la madre naturaleza.

¡Oh! y qué admirable es también esta página de Pestalozzi:

«Se deja a los niños gozar plenamente de la naturaleza hasta los cinco años; se deja obrar en ellos todas las impresiones de ésta; sienten su fuerza, disfrutan sensiblemente de su desembarazo y de todos sus encantos, y en ellos ha tomado ya su más definida dirección la marcha natural y libre que sigue en su desarrollo el salvaje sensiblemente feliz. Y después que ha gozado cinco años enteros de esa beatitud de la vida sensible, se quita brusca-mente de su vista toda la naturaleza que les rodea; se interrumpe tiránicamente el curso encantado de su holgura y de su libertad; se les arroja como ovejas, en rebaños compactos, a un cuarto hediondo; se les encadena impíamente durante horas, días, semanas, meses, años a la contemplación de letras desdichadas, insípidas y uniformes, y se les ata a una marcha agotadora de toda vida, capaz de volverles locos al compararla con su estado anterior.»

No es tampoco escuela de educación física, como otros quieren que sea, porque nosotros no necesitamos de los ejercicios reglados, ordenados y metódicos para llevar la salud y fortaleza corporal a nuestros chicos. (Va sobre este punto antes hablé; insistiré haciendo resaltar el que) la gimnasia artificial, los ejercicios físicos impuestos por escuelas y métodos de educación física, sean cuales fueren, tienen su razón de ser cuando se aplican a aquellos individuos que por necesidad, por ocupación, o por desidia o pereza no tienen comunicación alguna con

la fuente natural por excelencia de salud y fortaleza: la naturaleza, el aire, el sol. Para esos se inventó la gimnasia.

Pero para nuestros chicos que pasan horas y horas al aire libre, al sol, soportando las inclemencias del tiempo, saltando, corriendo, andando, ejercitando músculos, activando el poder funcional de los órganos, para ellos ¿qué más gimnasia se les puede obligar a hacer?

Tampoco somos una sociedad deportiva. Aunque el deporte se practica por nuestros chicos, es tan sólo en aquel grado y extensión que no le aparten de sus fines educativos y morales. Es el deporte lógico para aquellos que empiezan a dar sus primeros pasos por el campo de la juventud, aun sin haber perdido del todo de vista aquel otro encantador de la infancia en el que se conservan todavía frescas las huellas de sus pisadas.

Es el deporte higiénico el que, de moderada manera, lleva la salud al cuerpo y la alegría al espíritu.

Es el deporte, si la expresión se puede emplear, aún sin madurar, porque la corteza del juego que lo envuelve no ha acabado de desprenderse.

Por eso huímos de aquellos que llevan consigo el marchamo de extremada violencia y que, a su vez, son reprobables desde el punto de vista moral por ser reveladores de instintos pasionales: odio, venganza, causar el mal premeditadamente, incorrecciones, etc., que por su constante repetición acaban por insensibilizar el alma para toda idea de elevada mira.

Tal es, por ejemplo, el fútbol proscrito (por esta Comisaría) de las prácticas escultistas por considerarlo altamente perjudicial para la educación física y moral de los chicos.

(Así también lo han entendido distinguidos jefes de tropas, mereciendo especial citación el benemérito don Severo Montalvo, que manda la de Águilas, que ha lle-

gado a negar la entrada en la suya no tan sólo a los que practican este deporte en alguna de las tantas sociedades que agobian a la juventud, sino a cuantos, aun incidentalmente, lo jueguen o en la calle, o en el colegio, o en cualquier otro sitio.)

(Y este acuerdo, que dicho sea en honor de ellos, fué tomado espontánea y unánimemente por los muchachos de la tropa de Águilas, a quienes desde aquí envío la más calurosa de las felicitaciones, obedeció a estar latente en sus almas el recuerdo de la muerte de un querido compañero, Mariano Serrano, joven bueno, cariñoso, modelo de hijos, cumplidor fiel de sus deberes, gran amigo de todos, víctima de brutal golpe que recibió estando jugando al fútbol a la puerta del colegio al que asistía. Las luchas de enconadas pasiones, que es a lo que hoy día van reduciéndose las competiciones futbolísticas, no tienen su entrada en nuestras tropas.) El fútbol, (lo he dicho en multitud de ocasiones) tuerce y desvía la educación física, moral e intelectual de la juventud, y nuestra misión es radicalmente la opuesta.

Confesando con toda nobleza de alma cuán recta y meritísima de elogios es la intención de aquéllos que ponen como objetivo principal en la marcha del escultismo el hacerle escuela de educación premilitar, tenemos que hacer las oportunas aclaraciones que nuestro criterio nos sugiere deducidas del estudio que hemos hecho de la obra powelliana.

En cuanto al fin, el criterio es el mismo; no hay la menor discrepancia. Esta sobreviene con respecto a los medios. En efecto: si nosotros, distrayéndoles de las generales enseñanzas, sometemos a nuestros chicos a las rígidas normas de la instrucción militar, en formaciones, paradas, voces de mando, alineaciones, toques de corneta, redobles de tambores, manejo de fusil, en una palabra, a todos aquellos ejercicios inherentes a una acabada

instrucción militar, no cabe duda alguna que hacemos unos excelentes reclutas; pero reclutas parecidos a cuantos por el cuartel pasan, que si cumplen con sus deberes militares, no por eso, en multitud de casos, dejan de sentir la nostalgia de tiempo y vida momentáneamente alejados de ellos. Van al cuartel perfectamente impuestos de sus deberes militares, pero creo y honradamente lo digo, faltos del entusiasmo espiritual anejo al que lleva firmemente grabado en su alma la sacrosanta idea del deber. ¿Y después, cuándo abandonan el cuartel? A medida que el tiempo avanza y se va esfumando la idea de la vida cuartelera, van a engrosar ese montón de hombres sin orientación en la vida, indecisos por debilidad de carácter, sin las aptitudes necesarias para luchar y vencer.

Nosotros, por el contrario, queremos y anhelamos llevar al cuartel modelos de soldados; de esos en quienes a toda hora y en todo momento pueden confiar los jefes, descansar su espíritu en la absoluta seguridad de la más estrecha fidelidad, seguros de que en ellos han de encontrar siempre el soldado apetecido, disciplinado, obediente por voluntad, y pronto siempre al cumplimiento de sus deberes.

La escuela de ciudadanía

Por eso nuestro empeño grande es el hacer buenos ciudadanos, porque el buen ciudadano, el que lleva sólidamente impresa en su alma la idea del deber a cumplir, cueste lo que cueste, porque es lo que define al hombre que de hombre se precia, (ese ciudadano no tomará jamás el cuartel como carga pesada que se le impone, sino que lo mirará con la misma alteza de pensamiento con que mira el hombre consciente de su dignidad todo lo que signifique deber a cumplir.)

Servir a la Patria es el más imperioso de los deberes

que tiene el ciudadano. Pero no es tan sólo vertiendo su sangre por ella como se la sirve, aunque esto implique la idea cumbre del sacrificio en su honor. A la Patria se la sirve honrándola, y se la honra cuando para enaltecerla se le ofrenda cuerpo y alma. Se sirve a la Patria en todo momento y ocasión, sea el estado y condición que se tengan: el oficio, el empleo, el cargo, la profesión que se ejerzan. Y el trabajo, con la honradez por guía, es la muestra de afecto mayor que se le puede dedicar. El trabajo honrado equivale a cumplir el deber, y el deber se cumplirá honradamente cuando el estado de conciencia haga comprender al individuo que el bien de todos está en que cada uno, ni desfallezca, ni abandone la carga impuesta al hombre al transitar por el pesado camino de la vida; que si un alto ideal lo ilumina, debe mirarse con la satisfacción propia con la que el caminante, que va sintiendo la fatiga, ve acercarse el lugar donde, con el reposo del cuerpo, hallará la paz y tranquilidad del espíritu.

Por nuestra educación esculta haremos de nuestros chicos excelentes soldados; (tengan de ello absoluta seguridad estos nobilísimos caballeros de nuestro glorioso Ejército) porque nuestro afán no es otro que el (llevarles ^{conseguir.}) hombres conscientes de sus deberes a cumplir. Y aunque pudieran llegar, ^{al cuartel} que también procuramos no sea así, algo faltos en los menesteres tocantes a la instrucción militar, no se preocupen, si van, como ocurrirá, con ese espíritu elevado y noble que enaltece al leal servidor de la Patria.

(Y estos muchachos que al pasar por el cuartel serán excellentísimos soldados, después, cuando se vean alejados de él, seguirán sintiendo los mismos impulsos de afectos hacia él, al recordar que allí fueron fieles servidores de un gran ideal y al ver que siguen sintiendo en su corazón los mismos afectos de amor hacia el mismo, porque, educado su carácter para la lucha de la vida, con la

honradez por delante, sea cual fuere la situación en que se hallen, seguirán tan cumplidores de sus deberes, los realizarán tan bien, como en tiempos pasados cumplían con aquellos otros que su vida de soldados les imponían.)

Y de esta manera la Institución que rehuye por terminante ordenación de su fundador el general Baden Powell de todo cuanto implique idea de militarismo, se convierte, por sus propios medios educadores, en la más formidable escuela de formación del buen soldado.

Conviene, pues, dejar obrar con la esperanza segura de obtener los más apetecibles resultados.

Civilización y progreso

La civilización actual ha entrado en los momentos más críticos de su existencia. Fuerzas potentísimas, en ininterrumpidos ataques, van minando sus sólidos cimientos para derrumbarla de una vez. Son los grupos rebeldes, los inadaptables a toda idea de progreso, los que ya no pueden sufrir sus avances y a toda costa quieren que se vuelva a otra civilización más primitiva.

La lucha, para el ilustre autor americano Luthoop Stoddar, está planteada entre dos fuerzas antagónicas: la biología y el infrahombre. Aquélla busca sin cesar, se afana y trabaja por el mejoramiento moral, físico e intelectual de la raza, elevando el tipo hombre. El infrahombre, encarnación del pasado, representa «la rebeldía de los elementos inadaptables, inferiores y degenerados contra la civilización que les molesta, y que desean, por ello, destruir». Es el pasado primitivo, el período de barbarie que atravesó la humanidad. Su filosofía es la racionalización de las emociones de esos elementos que desean volver a un nivel más primitivo. Y en esa racionalización de emociones sublevadas, en esa filosofía, está, para el autor que acabo de citar, el grave peligro, porque «insidiosa y

persuasiva, ha unido en un todo homogéneo a los verdaderos rebeldes sociales y ha alucinado a muchos ilusos, ciegos a lo que ella implica».

Nosotros tenemos el deber imperioso de mantener un estado de civilización que se ha ido formando merced a la potente inteligencia creadora de los hombres de todos los siglos. Pero trabajando sin descanso por su mejoramiento y mayor perfección. El escultismo, obra de paz y de amor, tiene bien trazado el camino a seguir que lleve al hombre al encuentro del dichoso ideal de armonía y concordia, fundamento sólido de la relativa felicidad que en la tierra puede alcanzarse.

Nuestro ideal

Nosotros, pues, estamos seriamente obligados a educar a nuestros chicos sobre rígidas normas de una moral cristiana que los induzca a amarse los unos a los otros como buenos hermanos que son.

A orientarles por la senda del perseverante y honrado trabajo, que es avivador de las vitales energías del país, cuyo progreso tan estrechamente unido está a su bienestar.

A formarles hombres conscientes, dominadores de la voluntad, que es la más poderosa de las fuerzas con que se puede contar para salir triunfante en las luchas de la vida.

Nosotros perseguimos hacer generaciones de hombres fuertes, de cuerpo y alma, de nobles y elevados ideales, útiles a sí mismos, a su Patria, a sus semejantes.

Nosotros sembramos en sus corazones la semilla del amor, cuyo dulce sazonado fruto es la paz.

El escultismo se halla en su período de primera infancia. Ha de crecer y desarrollarse. En la vida del mundo, uno o dos siglos nada significan. La doctrina esculta tendrá su segura eficacia a lo largo del tiempo.

Se sucederán generaciones a generaciones y llegará un momento en que la obra de solidaridad y de amor entre los hombres, inculcada de perseverante manera a cuantos por la gran hermandad esculta pasaron, se haya fijado de sólida manera en la conciencia, formando así uno de los caracteres hereditarios.

Cuando el escultismo llegue a su mayor edad, cuando millones y millones de hombres hayan pasado por sus filas, seguramente el mundo ha de sentir sus efectos al entrar en períodos de tranquila existencia; porque esos egoísmos que llevan a la humanidad a convertirle en campo de batalla de fraticidas luchas, serán sofocados al momento de nacer, por la prepotente fuerza de una sólida fraternidad, vinculada en el amor, a cuya dichosa era sólo por él puede llegarse.

Y entonces pudiera suceder que el Dios Omnipotente, el Dios Bueno, Justo y Misericordioso, llegara a permitir que nuevamente se rasgara la bóveda celeste, para que innúmeras voces de angélicos coros entonaran aquel tan portentoso de los himnos, como jamás los tiempos otro igual oyeron: *Gloria a Dios en las Alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad.*

(X)



JOAQUÍN J. REY

San Francisco, 3
C A D I E

